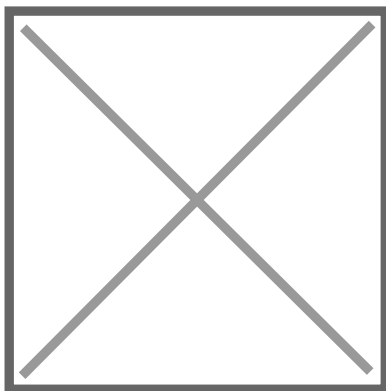






ESCRIBE  
Jorge  
Edwards

000134644

## Variaciones otoñales

758 AAK

Escribo desde una primavera que parece otoño. Escribo en las cercanías de mis sesenta años, cifra que todavía me parece inverosímil, pero que no pretendo disimular, y descubro en mí una tendencia a la meditación sobre la edad, sobre el tiempo. Es, supongo, una tendencia explicable, aunque más bien melancólica. Adolfo Bioy Casares, con quien he pasado un par de días en Oviedo, como invitado de la Fundación Municipal, sostiene con énfasis, a sus sesenta y tantos, que él firmaría ahora mismo para vivir cien años más. No le tiene miedo a los viajes maratónicos ni a los encuentros con el público. Sólo manifiesta cierto grado de temor reverencial frente a las fabadas asturianas, equivalentes a los porotos granados de Chile, pero con un feroz aditamento de morcillas, de chorizos, de embutidos varios. Declara que se dedicó, durante la época más feliz de su vida, a la literatura, al tenis y a las mujeres. Le preguntan si Borges le hizo sombra y él no lo sabe. Lo que sabe es que las jornadas de conversación y de trabajo en común con Borges —escribieron cuentos del género fantástico y del género policíaco en colaboración— fueron inolvidables.

La fantasía de Bioy Casares es muy diferente de la de Borges: menos intelectual, más sensorial, en alguna medida más inquietante. Recomendando leer "Bajo el agua" en el último libro suyo, *Una muñeca rusa*. El tema es el viaje y el paso a la otra orilla, el descubrimiento súbito y terrible de otro mundo, en este caso el mundo submarino. Los espacios submarinos y los subterráneos, los de Plutón y los del Hades, son una y la misma cosa. A propósito, ¿con quién se firma para eso de los próximos cien años? Fausto nos hace un guiño, pero en la época contemporánea, o al menos en los encuentros de escritores de esta primavera falsa, los Meístófeles verdaderos brillan por su ausencia.

Borges, el amigo de Bioy, se había convertido en un viejo burión y algo mundano, que cenaba todas las noches con una amiga cuarenta o cincuenta años menor que él en algún restaurante de Buenos Aires. Era un Sócrates bonaerense que lograba sobrenadar, sobrevivir, en medio del caos de la economía y de la política. Hasta que contrajo matrimonio y regresó a morir a Ginebra, una de las ciudades de su adolescencia lectora. Le transmito a Bioy una anécdota de Vicente Huidobro que me contó el propio Borges. En uno de sus regresos de París, Huidobro visitó a Borges, que se encontraba en compañía del dramaturgo y ensayista Ulises Petit de Murat. Con su proverbial entusiasmo y su vanidad no pequeña, Huidobro les explicó que su teoría, el creacionismo, era extremadamente importante, y que su poesía era una de las mejores del siglo. "No, Huidobro", le contestaron ellos, con educación: "Ni su teoría ni su poesía son tan excepcionales como usted cree". Huidobro, entonces, que estaba ansioso por caerles simpático, reconoció que su poesía no era tan buena y que tampoco su teoría, después de todo, era tan novedosa. Ellos lo escucharon, se compadecieron, y empezaron a decirle: "No, Huidobro, su teoría es sumamente interesante, y su poesía, en realidad, es extraordinaria". Un cambio rápido de posiciones, efectuado con habilidad por tres notables sofistas.

Bioy Casares me cuenta que está escribiendo sus memorias, que también somos colegas en ese género. Es mejor escribirlas uno mismo, antes de que vengan y las escriban los otros. Una joven periodista italiana ha sorprendido a todo el mundo con un libro en el que narra una amistad amorosa y más o menos platónica con Alberto Moravia en sus años finales. Moravia, octogenario, ya estaba casado con una joven española cuando fue entrevistado por la periodista italiana, que sólo tenía veinte años. Al final de la conversación, el novelista puso una mano gruesa, huesuda, nervuda, en una rodilla de su entrevistadora. Fue el comienzo de una sucesión de encuentros en el departamento romano, a orillas del Tíber, y en la casa de playa de Moravia. Al cabo de un tiempo, los encuentros sólo se realizaban en la costa. Moravia conducía su automóvil hasta un punto determinado, en la mitad del camino, y la chica pasaba a recogerlo en ese lugar y lo llevaba en el suyo. "¿Y usted hacía el amor con él?", preguntan los preguntones curiosos, majaderos. "No", contesta ella: "El estaba demasiado anciano. Pero yo me desnudaba en la playa, y él, tendido a mi lado, jugueteaba conmigo".

Juegos y variaciones otoñales. En la recepción del hotel de Oviedo, unos jóvenes mexicanos comentaban que viajaron con ropa liviana, porque les habían contado que en España hacía mucho calor, y que se encontraron con nieve en el camino. Yo desafío el viento y la lluvia y voy a la librería anticuaria de mi remoto porriente asturiano José Manuel Valdés. Compró un volumen de estudios críticos de Omer Emeth, nuestro paisano franco-chileno Emilio Vaisse, fallecido hace largos lustros, y mi amable pariente me regala un par de libros de Leandro Fernández de Moratín. Abro uno y leo en el diario de Moratín, en la entrada del día 7 de julio de 1799: "7, ch Onde Schriz e Pqta. quam. Osculavi". Moratín, probablemente con buenas razones, escribía su diario en clave. Los signos citados por mí representan la siguiente frase: "Día 7. A casa de Conde: chanzas con Paquita, a quien di un beso".

Juegos variados, inesperados y a la vez inmemoriales. Nuestro Vicente Pérez Rosales, en sus *Recuerdos del pasado*, uno de los clásicos del memorialismo latinoamericano, cuenta que conoció a Moratín en París, entre los grupos de exiliados liberales españoles, junto a Manuel Silvela y a muchos otros, y que el autor de *El sí de las niñas* murió en sus brazos. Creo que esto ocurría después de 1830, lejos de Paquita en el tiempo y en el espacio. Como se ve, y como nadie lo dice, a pesar de tantas conmemoraciones, las historias españolas también son historias nuestras.

|                                |                                             |                                                                 |                                                     |                                                                                                 |
|--------------------------------|---------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <b>La Segunda</b><br>10-V-1991 | <b>DIRECTOR:</b><br>Cristian Zepeda Arizola | <b>EDITORIA:</b><br>Servicio Informático<br>Pablo Vergara Tapia | <b>REPRESENTANTE LEGAL:</b><br>Jenny Karlos Frenkel | <b>DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES</b><br>AVDA. SANTA MARÍA 3542<br>FONO 2287948 (Mesa Central) |
|--------------------------------|---------------------------------------------|-----------------------------------------------------------------|-----------------------------------------------------|-------------------------------------------------------------------------------------------------|

## Variaciones otoñales [artículo] Jorge Edwards.

Libros y documentos

### AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

### FORMATO

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Variaciones otoñales [artículo] Jorge Edwards. retr.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile